

GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gerturdis. *Autobiografía y otras páginas*. Edición, estudio y notas de Ángeles Ezama. Madrid-Barcelona: Real Academia Española/Espasa/Círculo de Lectores, 2015.

El bicentenario del nacimiento de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) ha impulsado con nuevas ediciones el interés por una obra que desde hace ya tiempo viene mereciendo atención sostenida por parte de la crítica. Entre esas ediciones recientes y cualesquiera otras anteriores, la que ha preparado Ángeles Ezama (también de carácter antológico, como todas ellas) destaca de forma inequívoca. A un texto pulquérrimo (apenas moteado por escasísimas erratas: alguna fecha, alguna preposición, algún “con que” de valor consecutivo) se une un aparato crítico preciso y detallado y una anotación tan exhaustiva que constituye en sí misma –sintetizada y completada por el estudio final– un minucioso trabajo de reconstrucción de aspectos lingüísticos, estéticos y culturales imprescindibles para la mejor comprensión de esta obra. La extensa bibliografía, actualizada tanto en lo que se refiere a la investigación sobre la autora cubana –en la que sólo se echa de menos la mención de la antología de la poesía y el epistolario que preparó Elena Catena– como en cuanto a aspectos instrumentales (sobre historiografía, simbolismo o estética), es también una utilísima herramienta de trabajo. El volumen en su conjunto se erige como una muestra ejemplar del tipo de textos que alberga la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, en su aspiración de sólida construcción de un canon que, según reza su presentación, recoja “el núcleo esencial de la tradición literaria española e hispanoamericana hasta finales del siglo XIX”. La obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda es un caso particularmente interesante para aquilatar las tensiones que han podido definir el proceso de constitución de esa tradición compleja: algunos de los textos recogidos en esta antología (como la carta de 1868 al director de *El Siglo*) o las versiones de algunos poemas (como las de la silva dedicada a la mayoría de edad de Isabel II) ilustran perfectamente ciertas aporías de la construcción de la identidad nacional o los matices de la conciencia colonial en el contexto del peculiar romanticismo hispánico.

Reconociendo, pues, el extraordinario valor y calidad del volumen, conviene señalar algunas cuestiones que pueden ayudar a seguir pensando sobre los textos y la figura de Avellaneda. El título mismo elegido para la antología, como cifra de su contenido y su sentido, dice a la vez mucho y muy poco: *Autobiografía y otras páginas* privilegia explícitamente uno de los textos del extenso *corpus* de la escritora cubana, y ratifica la lectura contemporánea que le otorga un lugar casi fundacional en el ámbito hispánico. Pero el ecléctico complemento “otras páginas” aplana la diversidad de su producción, disimula la ausencia de una parte de ella (el teatro) y acaso relativiza excesivamente, por contraste, el valor del resto de la escritura de Avellaneda. Ese contraste es aún mayor porque el marbete “autobiografía” no es incuestionable desde el punto de vista genérico (la propia

editora lo ha cuestionado en otros trabajos suyos, y en el estudio que acompaña a la edición reitera que “resulta desafortunado”, p. 443). En cualquier caso, a pesar de organizar la obra de la autora poniendo todo el resto de la producción por detrás de aquellas pocas páginas “autobiográficas” (unas 30 en la actual edición, incluyendo las notas), el volumen no se abre con ese texto (que tampoco merece mucho espacio en las notas complementarias o el estudio). Lo que primero se lee es *Sab* la novela que ha deparado a su autora un lugar histórico en la narrativa hispanoamericana. El “texto autobiográfico” aparece después, en el centro del volumen, reforzando, por la disposición, el privilegio que ya le otorgaba el título, pero al tiempo separado por dos “relatos de viaje y leyendas” (que en el estudio final se convierten en “relatos de viaje y tradiciones”) del conjunto genérico en el que debe ser integrado: el epistolario. Las dieciséis cartas que se publican en este volumen alimentan el componente autobiográfico y se organizan por su motivación. Las menos conocidas (aunque todas ellas previamente publicadas) son las “de pretendiente” y las que tratan “sobre cuestiones literarias”. Ellas permiten aquilatar algunos de los aspectos sobre los que esta edición arroja una nueva luz (y que se desarrollan en el estudio final): la sociabilidad decimonónica y la preocupación por el reconocimiento literario. Las cartas “de amistad” e “íntimas” amplían con textos inéditos (tres cartas a Ignacio de Cepeda) o “semi-inéditos” (categoría algo confusa que incluye una misiva a Cecilia Böhl de Faber y otra a Antonio de Latour) la información que se tenía sobre el círculo de afectos que rodeó a Avellaneda. En notas al pie o complementarias se alude a otras cartas poco conocidas o inéditas, lo que no hace sino estimular el interés por ese *corpus* epistolar, al que la editora –sospecho– hubiera deseado dar más visibilidad. La organización pragmática de la selección que aquí se publica diluye, por otra parte, la continuidad cronológica, siempre significativa en la lectura de cualquier epistolario.

La antología se cierra con una selección de veintiséis poemas (cinco de los cuales son “duplicados”), que toma como base la edición de 1850, y presenta a página completa (esto es, fuera de las notas o del aparato crítico, algo que podría discutirse) textos (los “duplicados”) que en distintas ediciones presentaban variantes tan numerosas que casi los convierten en poemas diferentes. Es un tratamiento ecléctico que facilita la lectura y el cotejo, aunque en ocasiones se han utilizado las notas complementarias para transcribir textos extensos. Hay que apreciar también que al anotar los poemas, manteniendo la erudición, la editora arriesga más en la caracterización formal y en los aspectos interpretativos que en otras secciones del *corpus*, a pesar de ocasionales deslices (alguna caracterización estrófica o la interpretación de “madre del Cid” como una alusión a Isabel I de Castilla, por ejemplo, p. 342).

Se podría ampliar mucho el comentario que merece el riguroso aparato de notas y el estudio final, pero sólo añadiré un par de observaciones que me parecen reveladoras de los caminos que esta edición abre a la futura crítica sobre Avellaneda: en primer lugar, el señalamiento de la importancia del tema religioso

(con precedentes críticos convenientemente citados), que requeriría de una lectura íntegra de la poesía para certificar la opinión que la editora expone en su última nota a los poemas, según la cual el proyecto de Avellaneda tendería hacia el “canto sagrado”. En segundo lugar, esta edición entreabre la puerta a una mayor exploración de la cuestión del nacionalismo y el americanismo de Avellaneda. Aparte de reflejar circunstancias ocasionales quizá pertinentes y merecedoras de comentario para esa lectura (el interés que Avellaneda por las “provincias vascongadas”; el uso del término “país”; la relación con otra escritora de identidad “fluctuante” como Cecilia Böhl de Faber), hay un territorio clave casi intonso en esta edición: el señalamiento de fuentes y relaciones literarias propiamente americanas. Salvo José María Heredia (citado con frecuencia), casi no aparecen otros nombres: se echa de menos a veces a Sor Juana, claro; pero también a Andrés Bello o incluso a Ricardo Palma, por no ir más allá, y la ausencia es tanto más llamativa cuanto que el cotejo con la tradición peninsular sí que resulta abrumador (y a veces no del todo pertinente, como al mencionar a cierto poeta aragonés, casi seguro desconocido para la autora, p. 501).

A pesar de estos señalamientos, el trabajo ingente de Ezama permite imaginar lo que podría ser una edición completa que facilitara el acceso a todos los textos (al menos, para empezar, a las cartas y a la poesía), y así proporcionara los elementos para hacerse una idea mucho más completa y precisa del lugar de Avellaneda en la historia de la literatura en español. Hasta tanto, y aun después, la antología, el aparato crítico y el estudio preparados por Ángeles Ezama ofrecen un material llamado a convertirse, como la colección que lo alberga, en “clásico”, esto es, destinado a la perduración y a la consulta recurrente.

Daniel MESA GANCEDO
Universidad de Zaragoza